

*Este Bierzo irredento que es herida, tiene la cruz por los puntos cardinales y los clavos por sueño y por camino.*

**Núñez Ursinos**

*Hay un Bierzo colorido y a flor de piel; y un Bierzo subterráneo y entrañable.*

**El autor**

## **UN MEXICANO EN EL BIERZO**

**(Premio Accésit en el Festival Literario del Botillo de Bembibre de 1997)**

**Manuel Cuenya**

Vine en busca de don Bierzo. No lo conozco, pero quisiera saber cómo es.

-Disculpe, ¿sabe quién es don Justo Bierzo? -le pregunté a una señora enlutada y de mirar verde, lleno de encanto.

-Está en El Bierzo -me respondió la mujer en un tono seco pero convincente.

Era una viejecita con cabellos rizados y de color plata. Estaba sentada en un banco de piedra a la puerta de casa, hilando con una rueca y un huso.

La diligente anciana parecía que acabara de salir de una leyenda medieval o de cuento de hadas.

Al principio me miró con desconfianza, como si yo fuera a invadir su territorio.

-¿Viene con buenas intenciones?

Le expliqué quién era y de dónde venía. La viejecita estaba un poco sorda.

-Es usted de muy lejos -exclamó ella.

-Perdone que la interrumpa, señora, busco a don Justo Bierzo Losada -le repetí.

-¡Ay demoí, el Bierzo es una comarca! -me respondió la señora, mientras dejaba esbozar una tierna sonrisa-; y le digo más, que está usted en Albares de la Ribera.

Me invitó a tomar una copa, y quiso que la acompañara a comer.

-Le sentará bien una copina de orujo con arándanos -me dijo con voz aguardentosa y estentórea.

-Se lo agradezco. Solamente quiero saber si usted conoce a un tal Justo Bierzo Losada. Es mi bisabuelo.

-No lo conozco -me contestó con cierta extrañeza-, y acto seguido añadió: Soy Leocadia Matarrosa Langre, para servirle. Pase usted, que quiero convidarlo.

Aquella señora parecía que me hubiera estado esperando. Comimos una vianda que, según ella, se llama botillo.

-Pruebe el botillo, que no se arrepentirá.

Me resultó picante y muy sabroso aquel manjar. Aseguraría que estaba aderezado con chile. Continuamos platicando durante la comida. Ella no se cansaba de repetirme:

-Jante botillo, que ennoblece la sangre y orea el alma.

En Albares de la Ribera y alrededores aquella amable señora era conocida por La Gallarda, y en ocasiones -me dijo- los del pueblo le llamaban La Serrana. "Qué chistosos nombres. En esta tierra la gente tiene buen sentido del humor", pensé.

-¿Quiere que le recite unos versos sobre el botillo berciano? -me preguntó-. Y antes de que pudiera responder a su pregunta, ella ya había comenzado:

*Ansiosos los dioses  
que por degustarte penan,  
y los no endiosados  
también te desean.*

La Gallarda o La Serrana, que en su juventud debió haber sido una linda y seductora dama, me contaba que en El Bierzo pululan por doquier *quilobras, xanas, reñubeiros, cazcarranes* y otros seres, que con el paso del tiempo llegue a identificar con naturalidad.

-Tenga cuidado con estos *diañes* -me previno ella- que cuando se le meten a uno en el cuerpo no hay cristo a sacarlos. Guardó silencio un rato y agregó:

-Mire, en Albares había una bruja, le llamaban la tía Pardala, y dicen las malas lenguas que se transformaba en gato negro y entraba por la gatera de la puerta de las casas para hacer fechorías. ¡Qué cosas tiene el *demoi*! ¿Verdad?

Leocadia, alias La Gallarda, a la que también le decían La Serrana, hablaba alto y con acento simpático. Su lenguaje me resultaba hartó extraño. Vivía en una casa grande, de doble planta, construida en piedra. Era una vivienda con tejado de pizarra a cuatro aguas, y tenía un vistoso corredor de madera, adornado con ristras de pimientos rojos y racimos de uvas pasas.

Antes de despedirnos, tomé dos copas de orujo con arándanos, que se me antojaron *mezcal oaxaqueño*.

La generosa y parlanchina viejecita me miró con una punta de ironía en sus verdosos ojos, y me advirtió:

-Para que se acuerde de mí y tenga buena suerte con su bisabuelo, le obsequio con un trozo de carbón. Sepa que en Albares hay un cofre escondido en alguna parte, que ahora no podría decirle. Me falla la memoria, sabe. Lo que si puedo decirle es que algunos del pueblo cuentan que este cofre está repleto de monedas de oro.

Era la primera vez que visitaba España. Vine al Bierzo nomás en busca de mi bisabuelo. Estaba viajando con un escarabajo, uno de esos carritos que se utilizan en México.

Desde Albares de la Ribera el horizonte se recortaba serrano y azul. Era tiempo de suave calor. El aire de junio y del Bierzo soplaba agradable, aromatizado por el heno de los campos. Una tierra de chopos, praderas y huertos ribereños se abría ante mí. Durante algún tiempo seguí una carretera, estrecha y tortuosa, hasta llegar a un lugar llamado La Ribera de Folgoso. Al lado de un río -el Boeza, me dijeron unas mujeres- estaban jugando unos niños con palos y bolas de madera.

-¿Chamacos, cómo se llama este juego?

-No le entendí, señor, qué dijo -me respondió un niño rubio con cara de travieso.

-Me gustaría saber a qué juegan -insistí.

-Jugamos a *La Billa*, señor -me respondió uno de ellos, con aire jovial y atrevido-. ¿No conoce este juego?

Los niños –eran cuatro, creo recordar- parecían entusiasmados con su juego, que a mí se me hizo bien curioso. Recorrí algunas calles. En este pueblo, de aspecto apacible, también me encontré con otros jóvenes y algunas personas entradas en edad que bailaban en una plazuela al son de una pandereta. Aquella tarde se me hizo brillante y luminosa como un amanecer en una playa acapulqueña. La recuerdo como algo maravilloso. La panderetera, célebre en aquel lugar y sobre todo muy querida por los vecinos, respondía al nombre de Ondina Caricia Tedejo. Era alta, rolliza, con el rostro arrugado. Por lo demás, lucía una amapola roja en su cabello gris. Representaba la edad de setenta años. Le pregunté si conocía a un tal Justo Bierzo Losada.

-Conozco a Justo Robledo Rodanillo -me respondió en un tono alegre y festivo-. Es un hombre de cuarenta años, de profesión minero.

-Mi bisabuelo no es tan joven, estimada señora -le respondí irónico y desilusionado.

-Si va a Folgoso de La Ribera -me alertó la panderetera- no deje de visitar el *carballedal*; allí encontrará *xanines* y, tal vez, a su bisabuelo. Me quedé petrificado. Es como si de repente me sintiera apuñalado por la espalda.

Mientras seguía envuelto en una nebulosa, la tal Ondina soltó una carcajada y continuó tocando la pandereta con mucho sentimiento.

-Y si se le ocurre ir a Bembibre -prosiguió la panderetera- no deje de preguntar por Ana María Gavilanes.

-¿Quién es esa señora y porqué me sugiere que vaya a Bembibre? -le pregunté con impaciencia y desconcierto.

-Era una monja visionaria -me contestó la pandereta como con un hálito de misterio en los ojos.

“Y qué pinta una monja visionaria en todo esto”, pensé, pero no le dije nada.

No acertaba a saber en qué Ribera estaba, aunque soñaba con encontrar ríos de sangre, cascadas de oro, campos de herencia y quizá de esmeralda, fuentes de perlas, cielos azules y

radiantes que me iluminaran al menos un poco. Necesitaba que alguien me aclarara cuanto antes dónde estaba mi bisabuelo. A lo mejor había muerto hace tiempo. En cualquier caso, veía los paisajes del Bierzo con ojos de ilusión y esperanza.

En cuanto llegué a la villa de Bembibre me enteré de que mi bisabuelo se había ido a tocar el arpa con San Pedro hacía ya algunos años. Don Justo Bierzo Losada se había ido para el otro barrio. La muerte no perdona, y mi bisabuelo debía tener muchos años cuando murió.

-Don Justo era un gran mocetón y una bella persona -me dijo Valerio Mallo Otero-. Doy buena fe de él.

Valerio Mallo Otero me habló con nostalgia y los ojos llenos de lágrimas. Era un hombre bien conservado, a pesar de sus casi noventa y cinco años de edad. Había sido alcalde de Igüeña en 1934, me dijo.

-¿Por qué lo trataban de don a mi bisabuelo?

-Don Justo era maestro de escuela -me contestó Valerio-. Ya sabe, a los maestros se les tenía un respeto. No como ahora, que nadie los tiene en cuenta.

Mi bisabuelo había trabajado en varias escuelas del Bierzo Alto.

-Conocí a don Justo en Quintana de Fuseros. Era más aficionado a jugar al tute que El Niño Jesús de Cacabelos -me dijo Valerio con una dulce sonrisa dibujada en el rostro-. Entonces, se rascó la cabeza, arrugó la frente y agregó:

-A su bisabuelo también le gustaba tocar el redoblante y la dulzaina. Creo que, en una ocasión, el Ayuntamiento de Bembibre lo llegó a contratar para la fiesta del Santo Ecce Homo. Y él 8 de septiembre de 1940 actuó en La Encina de Ponferrada.

-¿La Encina es una fiesta? -me atreví a preguntarle.

-La Encina es la patrona y gran fiesta de la capital de El Bierzo -me respondió muy emocionado y orgulloso de su tierra.

Valerio me abrió su alma de par en par. Era un viejecito sensible y elocuente, que se entretenía -y me divertía- diciéndome quién había sido mi bisabuelo. También me contaba

historias acerca de El Bierzo. Me daba la grata impresión de que me estaba hablando como si fuera su nieto o su biznieto.

-La salida del Santo Ecce Homo es cada siete años aquí en Bembibre -me explicó con devoción-. ¡Si se queda en El Bierzo, no se la pierda!

Valerio habitaba una antiquísima casa, construida en piedra labrada. Contaba con un espacioso patio, en medio del cual había un pozo *museal*, digno de exposición. Esta vivienda estaba situada en el conocido barrio de la Villavieja de Bembibre.

-Cuando quiera visitarme, ya sabe dónde tiene su morada -me dijo con gran afecto.

Durante mi estancia en el Bierzo visité los pueblos en los que había vivido y trabajado mi bisabuelo: Villar de las Traviesas, Noceda del Bierzo, Quintana de Fuseros, Tremor de Arriba y Pardamaza.

En Noceda del Bierzo conocí a un poeta inédito. Se hacía llamar Camilo Ranero Fontoria. Era un auténtico *dandy*, una de esas personas que llama la atención por su aspecto y modales, siempre vestido de punta en blanco, con sombrero de copa negro y una rosa roja en una oreja. Un tipo harto pintoresco. Alto y bien parecido.

-Ha llegado a La Suiza berciana, señorito -me dijo el poeta con mucha solemnidad, rayano con la pedantería, nada más que puse los pies en la tierra.

-Montañas sí he visto, y muy hermosas, pero la línea férrea es más bien escasa en esta tierra -añadí sarcástico.

Los pueblos y aldeas por los que había pasado carecían de ferrocarril. Me recordaban a algunas poblaciones de México, aunque en El Bierzo tenían un semblante aún más silencioso. Incluso recorrí pueblos fantasma, perdidos y olvidados entre agrestes sierras, lugares que invitaban al retiro espiritual; aldeas habitadas por eremitas y seres mágicos de los que tanto me había hablado Leocadia Matarrosa Langre.

-Esta es una tierra ganadera y agrícola -me dijo Camilo Ranero-, aunque la mayor parte de los oriundos han trabajado en las minas de carbón, sobre todo durante la posguerra hubo muchos

que emigraron a América. Yo mismo estuve en Buenos Aires y en Nueva York. Vaya tiempos aquellos.

Cuando Camilo me hablaba de América se le ponía rostro de melancolía, se le humedecían los ojos y se le trababa la lengua.

Noceda del Bierzo me pareció un pueblo alargado como una serpiente prehistórica que estuviera durmiendo una siesta profunda. Y en Villar de las Traviesas descubrí cómo había muchas personas, ya ancianas, que nunca habían salido de su aldea, ni esperaban poder hacerlo jamás.

En Villar de las Traviesas, aldea enclavada en la llamada sierra de Gistredo, en el noreste del Bierzo Alto, se contaban extraordinarias historias acerca de mujeres que tenían un poder, a veces letal, en la mirada, como si fueran basiliscos.

-Póngase un collar de ajos y apio -me advirtió una anciana encorvada y sombría-, que La Urcera puede echarle mal de ollo. O bien diga, más que nada para curarse en salud: "Si eres *bruxa* te arreniego, si eres *demo* vaite al Infierno".

Durante la guerra civil española, mi bisabuelo había llegado a vivir en otra aldea remota llamada Pardamaza, que contaba con una treintena de casas, en medio de un delicioso y casi incomunicado paraje, abundante en nogales y castaños. Pardamaza, que es un pueblecito escondido, que sólo se atisba cuando uno ya se ha adentrado en el mismo, también se localiza en el noreste del Bierzo Alto, en las estribaciones de la sierra de Gistredo. Tuve la impresión de trepar hacia el cielo en continuo zigzag hasta llegar hasta aquí. En medio del camino me encontré con otra aldea llamada Librán, donde un lugareño me avisó de allí existían unas pinturas rupestres harto interesantes, pero confieso que no llegué a visitarlas.

-En invierno, como es bien largo y frío, Pardamaza queda vacía -me explicó uno de sus habitantes. Era un hombre de mediana estatura, con la nariz grandota y colorada como un pimiento morrón; un poco calvo. Su conversación era amena. Le gustaba contar parábolas. Durante los meses de verano regentaba un pequeño bar casero. Siempre tenía alguna botella de orujo para alegrar al visitante. Cuando asomaban los primeros fríos otoñales, Antón El Buey, que así era conocido en el pueblo, se mudaba con su familia numerosa a otra aldea llamada Santa Cruz del Sil.

-Venga el 15 de agosto -me llegó a decir, humilde y generoso, Antón El Buey-, que es la fiesta del pueblo. Se hace una gran romería. Está invitado de todo corazón.

Había llegado al Bierzo en busca de mi bisabuelo y estaba descubriendo una región hecha de encantamientos y supersticiones. Eso me gustaba. Me sentía en un mundo familiar y dejé que mi imaginación danzara a ritmo de pandereta y tamboril.

Había llegado a un lugar encantado, abundante en monasterios y castillos románticos y abandonados, enclavados en parajes para ser soñados más que para ser contados, y que podrían servir de escenario a alguno de los muchos y monumentales capítulos que escribiera Cervantes.

El Bierzo, una comarca de cuyo nombre sí me estaba acordando, un nombre que con el paso del tiempo terminaría vibrando a buen seguro en los corazones universales.

Continué mi visita por los pueblos del Bierzo hasta llegar a Tremor de Arriba, un pueblo minero en el que mi bisabuelo se había dedicado a cultivar el espíritu de los jovencitos. Un pueblo agujereado, herido y sangrante, con hoyos llenos de incertidumbre y galerías casi sin fondo, cavernas habitadas por héroes de cuento fantástico, hombres entregados a los abismos, encargados de arrancarle, acaso arpegios, a las vetas. Seres humanos con el rostro negro, con el espíritu siempre valiente, poderoso, lírico.

-Yo cribaba carbón en la mina de Antracitas del Bierzo –me dijo Gervasia Almagarinos Regueras con resentimiento-. Eran tiempos crudos.

-Creía que sólo los hombres trabajaban en las minas de carbón.

Gervasia me impresionó con su mirar profundo y sincero. Se fatigaba al hablar.

-No estoy *silicosa*. ¡No se vaya a creer! Es que de vez en cuando me aprieta el asma.

Gervasia se quedó un rato mirando al vacío, mientras respiraba con dificultad, y luego añadió:

-En los años de 1950 y 1960 la mina era un medio de subsistencia en El Bierzo Alto. ¡Por no decir el único!

-¿Y ahora? –osé preguntarle.

-Por lo que sé, la minería en El Bierzo está ahora en crisis –me contestó malhumorada-. Andan diciendo que es más rentable importar carbón de otros países. Eso dicen los que no están metidos en el ajo.

-¿Entonces qué ocurrirá con los mineros de esta tierra?

-Eso pregúnteselo a los políticos -me espetó con cierto cinismo.

Estaba descubriendo un Bierzo subterráneo y entrañable, un Bierzo que mueve y conmueve. Con el transcurso del tiempo llegué a conocer a muchos mineros en El Bierzo, entre ellos Justo Robledo Rodanillo, del que me había hablado Ondina Caricia Tedejo, la panderetera de La Ribera de Folgoso, que curiosamente se llamaba igual que mi bisabuelo. Pero un minero en concreto se me quedó grabado en la memoria, el cual se llamaba Esteban Viñales Canareza.

Esteban había vivido su adolescencia en el extranjero, y bien joven comenzó a trabajar como *guaje* en una mina que se llamaba El Salgueiro. Y posteriormente continuó su labor como picador de antracita en la mina La Sierra.

Esteban era moreno, bajito y de complexión delgada. Sonreía con facilidad pero su mirada era triste.

-No te aconsejo a ti ni a nadie este trabajo -me dijo con buenos sentimientos -.Yo lo hago porque no me queda otro remedio.

Me explicó en qué consistía su trabajo y me quedé petrificado.

-¿Debe ser bastante peligroso el trabajo de picador, sobre todo si padeces de claustrofobia?

-Peligroso..., lo que se dice peligroso, no lo creo -respondió-. Aunque es cierto que de pascuas a ramos cae un *costero* y adiós el paisano... Aún quedan muchos *chamizos* en esta zona.

Había algunos términos que empleaba Esteban que me resultaban desconocidos entonces. Pero sí entendía la situación precaria, terrible, en la que trabajaba Esteban, que vivía en Quintana de Fuseros, un pueblo de montaña en el que mi bisabuelo había ejercido durante tres cursos como maestro de primaria.

Estaba descubriendo el noreste del Bierzo, el Bierzo Alto, que es tierra de montañas preñadas de carbón.

-Sabía, El Bierzo también fue una tierra de oro -me había enseñado Camilo Ranero Fontoria.

Entonces, recordé la leyenda que me había contado Leocadia Matarrosa Langre, alias La Gallarda o La Serrana, a propósito de un cofre lleno de monedas de oro.

-Visite Las Médulas -me aconsejó Camilo, el poeta de Noceda del Bierzo-. Allí aún hay oro.

En realidad El Bierzo es una comarca de oro... también de oro negro, eso pensé pero no le dije nada a Camilo el poeta.

En varias poblaciones del Bierzo oí historias acerca de tesoros escondidos en castros. En Igüeña me dijeron que había huevos de oro en el castro de San Martín de las Reguerinas. “Y en Noceda del Bierzo hay una cabra de oro en el castro de Ceruñales, donde todavía se oye tejer con hilos de oro a las moras, en horas de siesta”, acostumbraba a decirme el poeta de Noceda.

La Tía Coruja, que así le llamaban a otra señora de Noceda del Bierzo, me dio otra versión sobre la mítica cabra.

-La cabra de oro está enterrada en el *corón* de Valdequiso, se lo digo yo, y no se fíe de habladurías -apostilló Pascuala Valdegalén Conforcos, alias La Tía Coruja.

Así son las leyendas. A cada pueblo que llegaba me contaban una diferente.

En Folgoso de La Ribera había cubas de oro; en Tremor de Arriba existían polluelos de oro; en Castropodame un manto de oro; en Villadepalos un caballo de oro; en Balboa yugos de oro; en Páramo del Sil mulas de oro... Oro por doquier. Estaba claro que había llegado a una tierra rica.

La verdad es que en Las Médulas, que se me hizo un paraje muy lindo, no encontré oro, aunque Camilo Ranero el poeta me asegurara que aún existía este precioso y preciado metal. En cambio, pude contemplar, desde el mirador de Orellán, la sustanciosa y rojiza puesta en escena de

la luna al desnudo, una luna de cálidos colores, que me estaba mostrando el rostro oculto, la medular sonrisa de una luna de estío, en la que asoman penachos como queriendo alcanzar y aún tocar la Vía Láctea, el Camino de Santiago.

Tuve la impresión de que en El Bierzo existían miradores que tocaban esencias, y el mirador de Orellán era uno de ellos.

Sentí que El Bierzo era una comarca encantada, familiar en ocasiones. Y hasta me pareció que había algo en el minero berciano que me hizo pensar en el carácter mexicano, como ese vivir el día a día, porque la vida bajo tierra siempre está pendiente de un hilo; y los mineros lo saben, aunque sea de un modo subconsciente. "La vida no vale nada -decimos en mi país-, y sobre todo cuando se labora a muchos metros de profundidad".

-Para qué voy a ahorrar dinero -me recordó mi estimado Esteban Viñales Canareza- si mañana igual me cae un costero y adiós, muy buenas.

Ya llevaba ocho meses recorriendo El Bierzo, intentando conocerlo a fondo, sentirlo como si fuera propio. Incluso había alquilado una casa en Ponferrada, al lado de la Torre del Reloj. Era una vivienda con un balcón con sabor bien berciano. Aquella casa tenía un cierto parecido con la morada de La Gallarda o La Serrana, la entrañable viejecita que me había invitado a saborear por primera vez botillo y orujo con arándanos. Creo que desde aquel día me convertí en un fiel amante de la gastronomía berciana. A veces iba a un lugar llamado La Moncloa, que está en Cacabelos, donde me sentía como en mi propia casa, saboreando pimientos asados a la plancha, chorizos *escaldaos*, empanada. También me aficioné a los vinos bercianos, a las guindas y cerezas en orujo.

"Pruebe éste y este otro *vinín* -me aconsejaba el jefe de la casa-; el Guerra va bien con este plato, y el Cabañas con este otro, y el Palacios de Arganza se deja beber con una tapa de cecina, y...".

El *chef*, *el patroncito* de La Moncloa de Cacabelos en aquel entonces era un hombre amable y servicial, dispuesto en todo momento a hacer sentir bien a sus comensales y catadores de vino y licores. Y este restaurante era una belleza, una obra de arte; sabiamente construido y decorado, que invitaba al sosiego y al deleite; y le trasladaba a sus visitantes a otra época. Es por lo

demás Cacabelos un pueblo nobiliario y rico, regado por el río Cúa, con aroma a mención. Un pueblo hecho, a buen seguro, para acunar el espíritu del viajero.

El Niño Jesús sigue jugando a la baraja con el cuatro de oros en la mano, me había dicho Valerio Mallo Otero; y mi bisabuelo estaría a estas alturas con el as de oros en un Cacabelos metafísico. De este modo fui descubriendo, o por mejor decir conociendo, un Bierzo fértil y vinícola.

Durante mi estancia en El Bierzo también visité la histórica y monumental Villafranca del Bierzo, que me pareció una ciudad como de otro universo, con un otoño transformado en costa de relajante, dorado, en el que me sentía mecido, acaso entre las olas de sus vides, como si estuviera en un océano sabroso y embriagador, que me dulcificara el paladar y me refrescara el alma. Estaba disfrutando de un espectáculo frutal y de un aluvión de aromas y colores.

"El Bierzo nunca dejará de ser una Comarca de oro", acostumbraba a decir Camilo Ranero, el poeta de Noceda, al que apodaban Ranero porque le gustaba jugar a La Rana.

"No se olvide de visitar El Parnaso de El Bierzo", me había sugerido Camilo el poeta.

Me impresionó ver tanta belleza y un casi absoluto abandono de aquellos vestigios arquitectónicos, enmascarados, perdidos, solitarios, en aquel valle silencioso y mágico habitado por *cuélebres o quilobras*, de las que tanto me había hablado Leocadia Matarrosa Langre, apodada La Gallarda y también conocida como La Serrana.

Había llegado al mítico Valle del Silencio, El Parnaso del Bierzo. En la Ermita de Santa Cruz llegué a ver una serpiente alada, la Sierpe de Rupiana, una Quetzalcóatl, como decimos en mi tierra.

Deseaba visitar los Ancares leoneses antes de regresar a mi país. El tiempo parecía haberse detenido en aquel poblado, que se me antojaba megalítico, con una docena de casas construidas en piedra, con el techo de paja y una estructura ovalada. Miré las casas vacías, las puertas desportilladas, invadidas de hierbajos. Estaba en Campo del Agua. Continué contemplando la soledad de las aldeas ancareñas o ancaresas.

En Balouta me topé con una muchacha joven, pálida y de hermosos ojos negros. Llevaba el cabello pintado de verde y rojo metálico, mitad y mitad. Me miró de reojo y con saña, y me dijo:

-Ya estoy harta de que nos vean como a bichos raros.

-No voy a filmarlos -le respondí-. No se preocupe. Sólo quiero visitar el pueblo.

Belén Sésamo Onamio, que así decía llamarse la jovencita, se calmó, me pidió disculpas y me acogió en su casa. Era una palloza bien conservada. La había heredado de su abuela.

-Este es un buen lugar para curarse del estrés -me dijo ella con voz serena.

-Balouta me hizo recordar la Colonia Ávila Camacho de México, más conocida por El 47 -le respondí-. Allá, las gallinas también se pasean tranquilas por las callejuelas. En realidad, el Bierzo tiene cierto parecido con el mundo rural mexicano. Hay como un aroma especial en ambos mundos.

En la aldea de Balouta los animales domésticos y personas convivían en armonía en las pallozas. Las gentes parecían felices con lo que les ofrece la madre naturaleza.

A Belén le conté que venía de la ciudad tal vez más grande y poblada del mundo, Ciudad de México. Una ciudad extremadamente contaminada, y en la que se sufre de hacinamiento y sobrepoblación. Esta ciudad –proseguí- tiene alrededor de mil quinientos kilómetros cuadrados de extensión y una población que supera los veinte millones de habitantes. Una barbaridad. Como para estremecerse. En cambio, El Bierzo tiene el doble de extensión que la Ciudad de México y ustedes apenas tienen cien mil habitantes, quizá algo más.

-Yo no podría vivir en una ciudad así, de ese tamaño –me dijo Belén con ojos de sorpresa.

-Y a mí, visto lo visto, comienza a resultarme difícil.

-Imagínese. El Bierzo goza de buena salud: aire puro, aguas frescas y cristalinas... grandes espacios naturales, como esta reserva natural de los Ancares.

Estaba claro que en El Bierzo la gente vivía aún de un modo natural, con muchos recursos a su alcance, como su aire, aún puro, y sus aguas abundantes. Había llegado al Bierzo en busca de mi bisabuelo y estaba descubriendo una tierra maravillosa, hospitalaria.

Antes de abandonar El Bierzo, adonde a buen seguro regresaría, esas eran al menos mis intenciones, me trepé a la cumbre del Catoute, desde donde tuve la impresión de que esta comarca se arrullaba, polícroma y acogedora, como un regazo donde durmiera la soledad y el silencio. Entonces, recordé unos versos que me había regalado Camilo Ranero Fontoria, el poeta de Noceda:

*En El Bierzo he visto  
montañas de blancura,  
reservados aunque generosos  
bercianos de amable entereza,  
y bercianas hermosas  
que miran, callan y sienten  
que saben, porque beben  
el vino de las bodegas,  
noble como su sangre,  
oloroso y antiguo como su tierra,  
tranquila gente que trabaja  
y va minando la tierra.*